

Nuestro paisaje

Pedro Montserrat

Lo tenemos tan cerca, vivimos en él, y la costumbre hace que valoremos poco sus elementos. Aquellos que modelaron tanta belleza, siguen actuando, y seguirán mejorándolo si acertamos o acaso destruyéndolo si permitimos la especulación foránea que banaliza, contamina, destruye, y después lo abandona todo por no ser de casa, de la tierra.

La vida difícil en nuestros valles pirenaicos evolucionó con falta de medios y hace poco los más activos desertaron buscando su porvenir en la ciudad. El problema es de tratamiento difícil para un botánico apartado de la gestión directa y -simplificando mucho- intentaré comentar las salidas posibles si acertamos en el método que todos vislumbramos, pero que conviene concretar más, hacerlo viable, eficaz. Utilizaré conocimientos de pastos y sociología vegetal-animal, con la experiencia en tantas montañas europeas.

La escasez de recursos, la facilidad en perder lo poco que tenían por erosión hacia tierra baja, aguzó el ingenio de nuestros abuelos que lograron sobrevivir con lo que muchos llaman una «economía de subsistencia», como algo despectivo, y sin embargo es eficiencia en usar bien los recursos limitados, una maravilla del comportamiento humano.

Admiramos ahora la diversidad, unas adaptaciones de animales únicos -endémicos- que podemos perder, y sin embargo toleramos la degradación de nuestros paisajes de montaña, los que mantuvieron a tantos hombres eficientes y ahora están en ruinas. Los pueblos abandonados, tantas pardinias, bordas y parideras sin uso, deprimen y «ensucian» el paisaje, nuestro recurso principal ahora que se revaloriza todo lo nuestro. Urge revitalizar esas agronomías ganaderas, las «marginadas» que, sin embargo derrochan naturalidad; nuestros jóvenes se reanimarán hasta el entusiasmo imparable, si acertamos en el remedio adecuado que ya es urgente, si deseamos sobrevivir como una nacionalidad ibérica, española, ejemplar y rica.

Elementos del paisaje

En nuestra montaña tenemos los geofísicos (rocas, relieve, agua-hielo, climas y tormentas, etc); además las plantas que crecen y tienden a bosque, pero son «frenadas» por animales herbívoros, hasta crear así los pastos verdeantes y tan bellos de nuestra montaña. Rige una dinámica, todo evoluciona conjuntado, y así se formaron los paisajes armónicos y productivos. Ahí está el reto para nuestro futuro. Ampliemos ahora lo esbozado.

La parte geológica permanecerá y evoluciona lentamente sin influencia humana; su «corteza», el suelo, ya

depende del clima y de muchos seres vivos, en especial de las plantas que le proporcionan hojarasca, un alimento para el llamado «bioedafon», con sus lombrices y tantos animales enterrados vivos, además de las bacterias que reutilizan esa fertilidad sin gasto alguno por nuestra parte. El suelo profundo suele ser forestal, del bosque natural, y está en laderas que reciben coluvios, una caída de agua, suelo y fertilidad desde arriba: abetales y avellanares son el ejemplo de un suelo fresco y profundo, en laderas que «reciben mucho» y así prosperan.

En el comportamiento animal observamos dos tendencias: los équidos (caballos, asnos, mulos) con bóvidos (bisonte, vaca, cabra, oveja) «creadores de césped» que hicieron nuestros pastos, y por otra parte, el jabalí que «airea» el suelo, hoza, y fomenta la «destrucción» del humus por bacterias aerobias, «liberando» así fertilidad química. Si observamos el comportamiento de la Humanidad, se imitó la lengua de vaca y así nació la guadaña (cultura ganadera), pero también el arado imitando al jabalí (cultura agraria); la primera es muy útil en los montes que no admiten arado por tanta erosión y la segunda ideal para tierra llana, bien comunicada.

En nuestras comarcas pirenaicas existen las dos culturas imbricadas, pero predomina la ganadera (céltica-gállica) al oeste del río Gállego, mientras la mediterránea (íbero-romana) de agricultores penetró por el Cinca hasta el Sobrepuerto y Puértolas, donde observamos una «hibridación cultural» magnífica en Bestué. Eso viene a cuento al esbozar el futuro de nuestra ganadería pirenaica, con una evolución arraigada en lo nuestro y de gran porvenir, os lo aseguro.

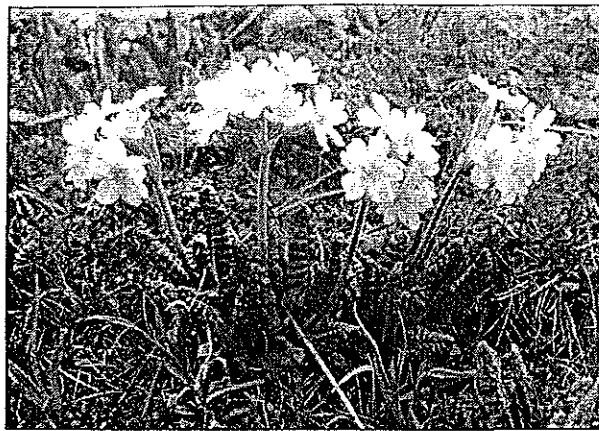
La dinámica paisajística

Lluvias y nieve dan el agua que baja superficial (escorrentía) o penetra en el suelo (agua freática) y así es utilizada por las raíces, las plantas. Tenemos mucha luz que fomenta una producción vegetal y las noches frescas, hasta frías, reducen la respiración nocturna de las plantas que así pueden crecer mucho y dar árboles tan grandes como el abeto, los robles, hayas o quejigos. En el árbol se acumulan producciones, la madera, y además renuevan sus hojas cada año, pero los hay que las retienen tres, hasta seis años, como el pino negro de alta



Las flores adornan nuestros pastos de montaña: *Daphne cneorum* en el puerto de Benasque (fot. Harold BEVINGTON, julio 1979)

montaña. Lo forestal, nuestros bosques, mantienen la estabilidad, un dinamismo que parece lento pero conlleva la renovación de tanta hojarasca; se produce mucho y sus árboles lo reutilizan bien, con eficacia. Las micorrizas y bacterias hacen que cada uno de los árboles tome lo suyo del mantillo acumulado y además pueda movilizar el fósforo mineral. En la montaña se pierde fósforo sólo por arrastre de hojas o restos animales, jamás por una lixiviación fosfórica.



Una "primavera" en los pastos de sarrío (*Primula intricata*) en Benasque. Fot. H. BEVINGTON, 7 jul. 1991

Tanto los pastos como el prado tienen gran dinamismo con muchas especies complementarias, una estructura verde que se renueva varias veces al año, pero sus raíces penetran poco; son por lo tanto unos sistemas dinámicos y débiles que precisan protección; como es lógico serán árboles de tronco potente y profunda raíz los que «tutelen» el pasto, lo defiendan, y hagan prosperar regulando la sombra. En las riberas el prado tiene chopo lombardo, tan alto y estrecho como una vela que reparte sombra sin «sofocar» la hierba; en el Pirineo tenemos los dos fresnos forrajeros podados, pero también hay cerezos, manzanos, perales, ciruelos, nogales y otros árboles útiles que completan la renta del propietario.

Los pastos comunales han perdido mucho por la despoblación pirenaica, con huida de sus jóvenes deslumbrados por la «tele» y tantas oportunidades ciudadanas. Merma el patrimonio montañés casi sin darnos cuenta y con él las posibilidades para una recuperación eficaz. La hierba crece y «se sofoca» si no es comida con oportunidad. Los incendios catastróficos ahora se prodigan y es por falta de «buenos herbívoros», bien manejados y creadores de paisaje.

El gregarismo

Los herbívoros forman manada con su animal guía que la conduce. El «conductor» es animal viejo que recuerda lo de años anteriores y su experiencia es reconocida por los demás; por ello los pastores aupan esos guías con el «trúco», esa esquila «milagrosa» que tanto simplifica el trabajo del pastor.

Mirad bien: la experiencia guía el conjunto, con un rebaño preparado para cada monte. Por otra parte la sagacidad del pastor usa dicha memoria que facilita su gestión. Con mucha naturalidad entró el gregarismo en la Humanidad; así, la historia nos habla de tribus y unos conjuntos tribales que tuvieron gran movilidad sin trenes ni automóviles. El Imperio Romano cayó «invadido» por unas culturas nómadas, ganaderas.

Ahora que se habla tanto de la vaca pirenaica y oveja rasa aragonesa con otras razas autóctonas, conviene que iniciemos la formación de buenos rebaños (vacuno y lanar) con varios animales viejos que conozcan «su monte». La cercanía de los Parques -donde con-

servamos bosques y pastos autóctonos-, debería facilitar la creación de dicho rebaño «selecto» para cada valle y monte. Por ejemplo tanto en Torla (Valle de Broto) como en Fanlo (Valle de Vió) estarían los dos rebaños «del Parque», aquellos que se usan para un pastoreo mejorante y mantenedor del «manto esmeralda» que los embellece. El rebaño propio es el «instrumento», no una manada de ovejas procedentes del regadío; en todo caso, las ovejas foráneas se

unirían al núcleo autóctono, con sus guías y pastores de la tierra, no los foráneos.

Perspectivas reanimadoras

No quiero ser pesado y voy a terminar oteando el porvenir que no es utópico, ya que tiene una base natural avalada por la historia, por un desarrollo cultural nuestro, el que nos caracterizó, ahora se desdibuja, y podría terminar por abandono.

Las fuerzas naturales actúan con espontaneidad en unos sistemas conjuntados multiseccularmente, como son los retroalimentados que comentamos antes y en especial gracias al gregarismo conseguido por la coevolución de sus elementos -geofísicos, vegetales, animales y culturales-, que actuaron y deben continuar, pero hay peligros.

Por querer acelerar y conseguir un resultado inmediato, alteramos las dependencias, activamos un sector pero al precio de inhibir a un conjunto de «acciones coordinadas» que actuaban con espontaneidad. Es el caso del remedio que cura un mal pero desarregla el sistema hormonal de nuestro cuerpo; también podemos tener una gran cosecha roturando bosques, pero la vida vegetal será más difícil después y podemos perder el suelo por erosión.

Busquemos la espontaneidad, el uso adecuado de las potencialidades que aún tenemos y evitemos el despilfarro, los incendios catastróficos y en especial las contaminaciones por mal uso de nuestros montes y valles. El gregarismo con animales que harán su trabajo sin sueldo alguno y además produciendo, desbrozará lo que puede ser incendiado y creará riqueza. La juventud de nuestros valles debe conocer, vivir eso, pero la educación actual es para el despacho, la tienda, la ciudad.

La cultura «se mama» y antes la mantenían unas familias potentes, con hijos, tiones y asalariados, o bien unas comunidades de valle bien organizadas. La escuela debe ser jacetana del todo en cada valle, con sus grupos «escultistas o parecidos» de niños y jóvenes entrenados -por lo menos cada sábado- en contacto con sus pastores, rebaños y montes. No es difícil y en algún valle podríamos empezar.

Jaca, 24 mayo de 2000, día de María Auxiliadora.